

Instituciones, política y deseo: articulaciones en las
fronteras del campo de la salud mental.

lo nómada y las posibilidades de *trans*-formación.

Trabajo Final de Grado

Modalidad: Ensayo

sobre la ceguera

Juan Manuel Marqués Chiara

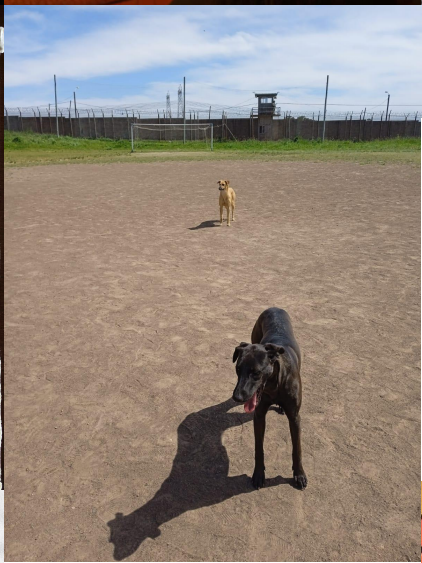
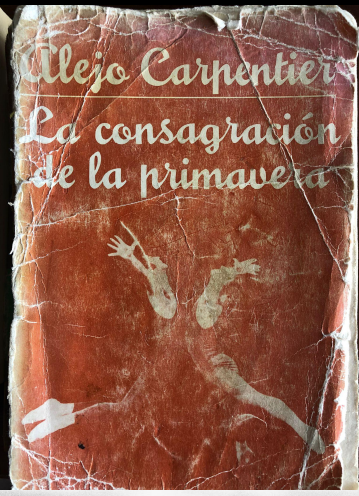
CI: 5.135.222-6

Tutora: Asist. Mag. Lisette Grebert

Revisora: Asist. Mag. Natalia Laino

Febrero 2023 - Montevideo, Uruguay.

José Saramago
Ensayo sobre la ceguera
Novela



Ahí en la frontera con Bolivia había un guarda de aduana que se caracterizaba por ser incorruptible, y no dejar pasar contrabando a nadie. Él veía que todos los días había un sujeto que traía una carretilla con paja y la pasaba por ahí. El funcionario le revisaba cuidadosamente la paja, la ropa, todo y nunca conseguía encontrarle ningún contrabando. El hombre continuaba todos los días pasando su cargamento. Hasta que un día el guarda le dijo: "Mire, yo le prometo que si usted me dice que es lo que contrabandea, le dejo de aquí en adelante contrabandear libremente; lo que no soporto es no entender qué es lo que usted me consigue escamotear cotidianamente". Entonces el hombre le contestó: "Bueno, palabra es palabra. Yo contrabando carretillas". (Baremlitt, 1988, pp. 17-18)

Mapa:

Frontera: “Los pasos perdidos”.....p.4

Tiempos revueltos.....p.11

Locura de la historia.....p.16

Dispositivos de atención y su dimensión política: pistas sobre “lo alternativo”.....p.22

Análisis institucional: la transversalidad como clave.....p.29

Desterritorializar la problemática: “La consagración de la primavera”.....p.41

FRONTERA: “Los pasos perdidos”¹

*“Si no creyera en lo que agencio
Si no creyera en mi camino
(...) ¿Qué cosa fuera?
¿Qué cosa fuera la maza sin cantera?”
La maza - Silvio Rodríguez (1982)*

Este trabajo es fruto de una articulación particular de ciertas teorías, afinidades conceptuales y la experiencia de ejercer un posicionamiento a lo largo de un camino. Este recorrido es inconcluso, sinuoso y sobre todo sesgado, no obstante es desde donde conocemos, y podemos producir la construcción de cierta perspectiva. En este sentido, desde el inicio de este trabajo quisiéramos trazar un posicionamiento que busque atravesar el binarismo teoría-práctica en los procesos de formación y aprendizaje. Siguiendo a Deleuze (1980): “La práctica es un conjunto de conexiones de un punto teórico con otro, y la teoría un empalme de una práctica con otra” (Deleuze, p.78). Parte de esta articulación desde la cual hoy nos posicionamos, se nutre por la posibilidad de haber sido practicante de psicología en el marco del programa de practicantes y residentes, del convenio entre Facultad de Psicología y ASSE (Administración de Servicios de Salud del Estado). En dicho programa, treinta y seis estudiantes se insertan en equipos de trabajo de servicios de salud en distintos puntos del país por el periodo de un año. De esta forma, el practicantado se puede constituir como un espacio en el cual los y las estudiantes tienen la posibilidad de ir hilvanando la acción con la formación, ensayando un “hacer para pensar” (Saidón 1989), y este proceso transitarlo de forma colectiva junto con los equipos de salud, docentes de facultad y compañeras practicantes en plenarios semanales.

Al mismo tiempo, recalamos la experiencia de haber transitado diversos espacios a lo largo de la vida estudiantil, entre los cuales destacamos los grupos de estudio, de intercambio, también los espacios de disfrute, de amistad, espacios de cogobierno y de militancia. De esta forma en este trabajo se está expresando un recorrido compuesto por múltiples tránsitos. Nuestro propósito es poder dar cuenta de una conjunción singular que logre trazar una intención, una línea, sobre lo que en este momento nos inquieta, lo que estamos pensando y lo que estamos haciendo. Este posicionamiento trae consigo el afán de

¹ Referencia a la novela del escritor cubano Alejo Carpentier - “Los pasos perdidos” (1953)

producir nuevas formas de pensar los problemas y nuevos modos de accionar en el campo de prácticas de la psicología. Así, pensar desde la formación en psicología las condiciones que producen que podamos tener este ida y vuelta entre pensamiento y praxis, habilitar que no puedan separarse una de otra, y que estén direccionadas siendo parte de una misma intencionalidad que apunte a la transformación para el mayor bienestar de las personas y los colectivos. Se hace hincapié en la articulación teórico-práctica, porque si hoy podemos plasmar estas ideas en este ensayo, es en parte por la posibilidad de haber vivenciado en la práctica ciertas inquietudes y ejercitar un accionar dispuesto a pensar las situaciones desde una problematización,

Esta producción escrita busca responder a las características requeridas por el formato de “ensayo académico” para Trabajo Final de Grado. Por las propiedades que requiere esta modalidad, realizaremos un acercamiento a un campo problemático con la intención de mapear un involucramiento desde un posicionamiento singular. Este involucramiento será la guía que vaya marcando las distintas líneas de interés, por esto es necesario ejercitar un posicionamiento que atienda al análisis de la implicación (Lourau, 1990) en las reflexiones sobre la problemática a desarrollar.

Creemos pertinente enunciar en estos primeros lineamientos lo que entendemos por las tres dimensiones que componen y dan título al trabajo. Siguiendo la perspectiva del análisis institucional, Barembly (2002) plantea que las **instituciones** son lógicas, que según el grado de formalización que tomen, pueden ser leyes, costumbres y modos de comportamiento. Las instituciones para materializarse necesitan de dispositivos que son las organizaciones, y a la vez estas se desarrollan en edificaciones concretas que serían los establecimientos. La **política** la trabajamos desde una óptica foucaultiana, refiriéndonos a los modos de vida que producimos, las formas de relacionamiento y los procesos de subjetivación (Foucault, 1984). Siguiendo a Deleuze (2020), pensamos el **deseo** como agenciamiento, como construcción de líneas heterogéneas que se componen y producen la capacidad de creación. “Es la construcción de una disposición, construir una región, es realmente “agenciar”. El deseo es el constructivismo” (Deleuze, 2020, 5m45s).

Por la articulación de estas tres dimensiones, el problema de este trabajo se enfocará en la producción de líneas de pensamiento en relación al campo de la salud mental, analizando su entretejido institucional, problematizando los dispositivos de atención, su

sentido político, y enfocándonos en la dimensión deseante en las organizaciones. Siendo fundamental para este tránsito el concepto y una perspectiva de problematización, entendiendo a ésta como: “El conjunto de las prácticas discursivas o no discursivas que hace que algo entre en el juego de lo verdadero y de lo falso y lo constituye como objeto para el pensamiento” (Foucault, 1984, p. 371). Así abordaremos estas construcciones de problemas desde un posicionamiento que entiende a la articulación de teoría y práctica fundamental para los procesos de análisis y el desarrollo de involucramientos transformadores desde el campo de la psicología.

Para trazar este recorrido, luego de esta frontera pasaremos al capítulo **“Tiempos revueltos”**, donde realizaremos una breve introducción sobre la coyuntura social y política actual de la atención en salud mental, donde situaremos ciertos apartados de la ley de salud mental 19.529, en los cuales se mencionan el cierre de las instituciones asilares y monovalentes para el año 2025, surgiendo allí la figura de “estructuras alternativas” como respuesta a esa determinación. Este apartado funciona introduciendo la dimensión de las transformaciones en el campo de la salud mental, problemática a ser abordada desde distintos lugares a lo largo del trabajo. Luego en el siguiente capítulo **“Locura de la historia”**, buscaremos tensionar hasta donde pueden desplegarse los límites del campo de la salud mental, cuáles son las líneas que lo componen. Mediante esta tensión, la intención es poder hacer funcionar un posicionamiento en el cual se consideren y se vislumbren los relacionamientos que hacen al campo de la salud mental un territorio difuso en constante producción. Estos dos primeros capítulos funcionarán como el trazo de un plano que, en articulación, instauran el terreno fértil para las próximas reflexiones a producir, darán cuenta de nuestra percepción acerca del territorio a involucrarnos y manifestarán un posicionamiento acerca de cómo entendemos y pensamos las posibilidades de transformación en los procesos institucionales. Posteriormente continuaremos con el capítulo **“Dispositivos de atención y su dimensión política: pistas sobre “lo alternativo”**, donde ahondaremos en las “estructuras alternativas” de atención en salud mental, fundamentalmente sobre las organizaciones denominadas “centros de rehabilitación psicosocial”, para problematizar el funcionamiento de éstas en su relacionamiento con las dimensiones sociales y políticas. Es así que mediante la sumatoria de reflexiones y perspectivas que se van articulando a lo largo de los capítulos pasamos al apartado **“Análisis institucional: la transversalidad como clave”** para pensar los procesos institucionales en la cotidianidad de las organizaciones, sosteniendo la necesidad de reflexionar sobre cómo producir transitos institucionales que busquen la

irrupción de movimientos transformadores colectivos. Finalmente, a modo de cierre pero a la vez apertura, se enlaza el último capítulo de este trabajo ***“Desterritorializar la problemática: la consagración de la primavera ”***, donde se manifiesta la necesidad de descapturar el problema de la exclusividad del sistema sanitario y una perspectiva asistencialista. Para pensar la construcción del campo de la salud mental en clave sobre cómo habitamos las organizaciones, pero no solamente los servicios de salud, sino como producimos tránsitos institucionales en organizaciones educativas, deportivas, espacios de trabajo, etc. Afirmamos la necesidad de situar el problema de este trabajo en el seno de nuestros relacionamientos. En este último pliegue, desde esta óptica construida a lo largo de este ensayo, quisiéramos puntualizar y repensar ciertos aspectos sobre la formación en psicología y de qué modo puede articularse la dimensión deseante en nuestra Facultad de Psicología.

Para realizar este viaje nos posicionamos y utilizaremos ciertas concepciones teórico-técnicas que nos servirán como compañeras de camino para pensar la configuración de problemas y nos ayudarán a producir las condiciones para crear otros modos de involucramiento. Nuestra idea es poder entrar y salir de los conceptos y los autores, ver cómo funcionan en diversas situaciones, cómo se conjugan con la práctica en ese ida y vuelta. También considerar cómo se relacionan entre sí las distintas perspectivas, con sus diferencias históricas, geográficas y políticas, con sus resonancias y contradicciones. Intentamos no tomar ningún axioma como doctrina, alejarnos de una producción que busque el cercamiento de una estructura. Por esto intentaremos pensar siempre en relación, en un plano de inmanencia (Deleuze & Guattari, 1994), construir un posicionamiento abierto a la posibilidad de nuevas concepciones; nosotros mismos vamos transformándonos en nuestras sensaciones, en nuestros modos, por lo cual sería esperable que se transformen nuestras referencias, nuestras inquietudes y por esto es que debemos reconstruirnos constantemente.

Algunas de las referencias que tomaremos como amigas del pensamiento y de la práctica serán la visión de Enrique Pichon-Rivière y la perspectiva de la Psicología Social del Río de la Plata; lecturas del italiano Franco Basaglia y su posición particular sobre la psiquiatría y la institución manicomial; el análisis institucional y su invitación a analizar la dimensión institucional en los grupos y organizaciones; las prácticas de Francesc Tosquelles entre guerras, exilio y hospitalidad; en esta línea llegaremos a la psicoterapia institucional y al concepto de “transversalidad” de Felix Guattari, como también su obra junto a Gilles Deleuze enfocándonos en “Mil Mesetas” (1994), donde sitúan la cartografía y la definen

como un principio del modo rizomático. También aportan a esta conjunción la continuidad que le dan las autoras brasileñas Virginia Kastrup, Liliana da Escóssia y Eduardo Passos (2009) a la cartografía y sus pistas, pensada como posicionamiento y método de “pesquisa-intervenção”.

Con estos agenciamientos vamos a diagramar cierta forma de concebir y producir problemas por los territorios que vayamos transitando-construyendo. El análisis institucional produce esta invitación de preguntarnos constantemente sobre los funcionamientos de las organizaciones, nuestra posición en los tránsitos institucionales y la pregunta sobre hasta qué grado se pueden producir efectos de transformación. Allí es precisamente que se realiza la pertinencia del concepto de “transversalidad” que desarrolla Felix Guattari (1987): “El análisis, según yo, consiste en articular, en hacer coexistir -no en homogeneizar ni en unificar- en disponer según un principio de transversalidad, en lograr que se comuniquen transversalmente estos diferentes discursos.” (p. 106). En esta búsqueda por la articulación, por la comunicación transversal entre múltiples componentes, es que toma relevancia la cartografía. Siguiendo a Passos y de Barros, R. B. (2009) “A cartografia é o acompanhamento do traçado desse plano ou das linhas que o compõem. A tecedura desse plano não se faz de maneira só vertical e horizontal, mas também transversalmente.” (p. 27). Posicionarnos desde la cartografía nos va a permitir trazar y mapear las líneas que componen a la trama institucional, las líneas que apuntan a aumentar la transversalidad de la organización, como también aquellas que zigzaguean y terminan obturándose generando puntos de resistencia. De esta forma sigue insistiendo la pregunta de ¿qué es la cartografía? Pero más allá de preguntarnos qué es, toma relevancia preguntarnos ¿cómo y con qué funciona la cartografía? En este sentido pensamos a la cartografía como una forma de disposición para la construcción colectiva, como posicionamiento para interactuar con el conocimiento, como intención que busca articularse con las demás concepciones anteriormente mencionadas y potenciar esta búsqueda analítica curiosa. Es así que también pensamos este trabajo como una cartografía, el acompañamiento de procesos (Kastrup, Pozzana de Barros, L. 2009), el mapeo de intenciones, pensamientos y acciones que se entrelazan y se pliegan en estos escritos. En este sentido, este trabajo va a intentar funcionar como un mapa: “El mapa no reproduce un inconsciente cerrado sobre sí mismo, lo construye. Contribuye a la conexión de los campos, al desbloqueo de los cuerpos sin órganos, a su máxima apertura en un plan de consistencia” (Deleuze & Guattari, 1994, p.18). Por esto no vamos a pretender representar absolutamente nada, ni dar respuestas concretas a una pregunta, lo que buscaremos será acercarse,

salpicarse, trazar líneas en la configuración de cierto problema, mapear desconexiones, intenciones, carretillas, e intentar ponerlas en relación. Una relación inmanente, novedosa y particular, que no busque universalizar. Intentaremos hacer análisis, ese trabajo de desestabilización sobre aquello que se nos muestra como unidad, visualizar y crear la red de fuerzas en cuestión. (Passos, de Barros 2009). Siguiendo a Graciela Speranza (2012) intentaremos que este mapa sirva para desnaturalizar los órdenes instituidos, problematizar la construcción de los territorios, tender conexiones entre fronteras y trazar otros caminos posibles.

Esta puesta en escena intenta trascender de ser meramente un acto curricular, busca ser parte de la resignificación de un camino, resignificación que trasciende más allá de este trabajo en sí e implica toda una conjunción de fuerzas que se montan produciendo este momento. Este ensayo pretende tensionar y compartir ciertas inquietudes nuestras y de otras personas, analizar la producción de un problema que se va a ir trazando a la vez que está siendo producido. En este sentido, nos parece relevante considerar la reversión metodológica que propone la cartografía. Siguiendo a Passos y de Barros (2009) plantean invertir el concepto de “método”, no pensar la cartografía como “*meta - hodos*” (meta - camino), sino como “*hodos - meta*” (camino - meta). Esta simple y compleja reversión, aparente juego de palabras, da un giro fundamental en la manera de concebir la investigación, el aprendizaje y la postura en la cual nos disponemos a los encuentros. Ya no pensamos en un método a ser aplicado, sino a realzar la experimentación, de esta forma el camino a recorrer no queda predeterminado por las metas fijadas. Esta acción acentúa la intención de privilegiar el camino, los modos, las formas en las cuales nos involucramos, es una invitación a lanzarse a la experimentación y poder olfatear las pistas en los procesos de análisis que serán inmanentes a la construcción del campo.

De esta forma, en esta “introducción-frontera” se abre camino para que el/la lector/a se lance en este recorrido y busque conectar con lo que le llame la atención o le pueda generar alguna pregunta sobre estas reflexiones. No pretendemos que esté de acuerdo con nuestras perspectivas, sino que algo de lo que está escrito aquí le resulte inquietante, curioso, o que le haga pensar en algo de su recorrido, de su historia o sus reflexiones. Si esto sucede significará que este trabajo funcionó en su cometido. Ahora, continúe por “Los pasos perdidos” (Carpentier 1953), y si no se encuentra no hay problema, puede volver a esta

frontera para empezar nuevamente, adentrarse por otros pasajes o si lo prefiere puede continuar perdido en esa búsqueda.

TIEMPOS REVUELTOS.

“¿Cómo reconocer esos grupos-síntomas? ¿Cómo reconocer el hecho de que una sociedad, en un momento dado, es portadora de un cambio? ¿Cómo reconocer una convulsión social cuyo desarrollo objetivo es tributario de una exigencia social? No hay ningún mecanismo. El que hubiera surgido, en una época dada, exigencia de transformación social en la sociedad feudal francesa no implicaba automáticamente el comienzo de una revolución, sino solamente un deseo de otra cosa, una pasión de convulsión, perceptible por mil síntomas.” Felix Guattari, 1972, p. 60

Para comenzar este trabajo queremos hacer una breve introducción para situarnos en el contexto normativo de la atención del sistema sanitario en “salud mental”, en lo que respecta a las lógicas manicomiales. En estos tiempos se vuelve de suma relevancia analizar el funcionamiento y las producciones de las diversas organizaciones diseñadas para las distintas formas de atención. Estamos transitando tiempos en los cuales se intensifican perspectivas de cambio que cuestionan y tensionan las actuales formas sociales sobre cómo concebimos la construcción de la locura, la patologización, el sufrimiento de lo psiquiátrico y sus correspondientes dispositivos de atención. Frente a la coyuntura construida históricamente y la situación actual, vienen operando perspectivas críticas que se posicionan desde una militancia de los derechos en el campo de la salud mental y una lucha por la desmanicomialización, entendiendo a la misma como la búsqueda de experiencias sustitutivas al manicomio y sus lógicas. En este sentido, siguiendo a Baroni (2019): “los procesos de desmanicomialización involucran diferentes dimensiones, tales como la discusión de las leyes actuales y la rectificación o derogación de las existentes, cambios en reglamentos institucionales, en prácticas de intervención y en los procesos de formación.” (p. 15)

Se despliegan distintos paradigmas sobre cómo concebir la problemática del sufrimiento y el funcionamiento de las organizaciones encomendadas en la tarea de la atención en salud mental. En estos cruces se van produciendo líneas de fuerza que se disputan y producen tensiones que se despliegan en lo jurídico, en el diseño de las políticas públicas, en las calles, en los salones de clases, en los hospitales, en los bares, en los imaginarios sociales, etc.

Estas tensiones se dan en el marco de la existencia desde el año 2017 de la Ley de Salud Mental 19.529. La misma refiere en el artículo 38 que: “El Poder Ejecutivo establecerá

en la reglamentación de la presente ley el cronograma de cierre de los establecimientos asilares y estructuras monovalentes. El cumplimiento definitivo del cronograma no podrá exceder temporalmente el año 2025” (Ley 19.529, 2017, p. 13).

Es por ello que se vuelve menester considerar la siguiente pregunta: ¿qué otras formas de atención pueden ser posibles cuando pensamos más allá de las organizaciones manicomiales y monovalentes? En este sentido, la ley propone un conjunto de estructuras alternativas para que funcionen como motor de esta transformación sobre las instituciones de atención en salud mental:

Se entiende por estructuras alternativas, entre otras, los centros de atención comunitaria, los dispositivos residenciales con apoyo y **centros de rehabilitación e integración psicosocial**. (...) Las estructuras alternativas no podrán reproducir las prácticas, métodos, procedimientos y dispositivos cuyo único objetivo sea el disciplinamiento, control, encierro y en general, cualquier otra restricción y privación de libertad de la persona que genere exclusión, alienación, pérdida de contacto social y afectación de las potencialidades individuales. (Ley 19.529. Art.37)

Por ende, se comprende que las estructuras alternativas deben ser inexorablemente portantes de una concepción alternativa a la institución manicomial. Efectivamente, como organizaciones alternativas no deben producir y dar insumos a lógicas de disciplinamiento, control y alienación. En este caso, como parte de este ensayo, queremos aproximarnos al funcionamiento de las estructuras denominadas: “centros de rehabilitación psicosocial”, debido a la importancia que pensamos que pueden tener estas formas de organización en un proceso de transformación sobre los imaginarios y la atención sobre las problemáticas referidas al “campo de la salud mental”. También se hace hincapié en esta figura por la posibilidad de haber formado parte de un centro de rehabilitación en el rol de practicante de psicología, mediante el programa de practicantes y residentes por el convenio Facultad de Psicología - ASSE, en el periodo Febrero 2021-Enero 2022.

Se vuelve pertinente hacer una pequeña descripción sobre estas formas de instituciones alternativas. Los centros de rehabilitación psicosocial son organizaciones del

sistema sanitario diseñadas para la atención en “salud mental” que buscan diferenciarse de las instituciones manicomiales y en cambio fomentar una forma de atención más integral. Suelen tener un horario diurno y en ellas se realizan distintas actividades, las que se pueden dividir en grupos terapéuticos y talleres diversos: talleres expresivo-creativos, deportivos, de huerta, etc. A estas organizaciones asisten personas que son derivadas de distintos centros de salud, para realizar un proceso de “rehabilitación psicosocial”.

Estas estructuras vehiculizan una estrategia de atención basada en el concepto de “rehabilitación psicosocial”. Según la declaración de consenso de la Asociación Mundial de Rehabilitación Psicosocial (WAPR) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) (1996) la estrategia de la rehabilitación psicosocial se fundamenta en:

Un proceso que facilita la oportunidad a individuos para alcanzar el máximo nivel de funcionamiento independiente en la comunidad. Implica a la vez la mejoría de la competencia individual y la introducción de cambios en el entorno para lograr una vida de la mejor calidad posible para la gente que ha experimentado un trastorno psíquico, o que padece un deterioro de su capacidad mental que produce cierto nivel de discapacidad. (WARP y OMS, 1996, p.1)

Desde este posicionamiento creemos necesario problematizar y generar una perspectiva crítica sobre esta concepción de “rehabilitación” que sustenta y compone a la mayoría de estructuras que se establecen como “la alternativa” para las instituciones manicomiales. Es en este contexto que cobra pertinencia reflexionar sobre el funcionamiento de estas estructuras alternativas. Afirmamos la importancia de analizar la dirección política que están tomando estas organizaciones en sus prácticas. Con el término dirección política, nos referimos sobre si están ejerciendo su funcionamiento desde parámetros de alternatividad, o si por lo contrario situados en esta estrategia de “rehabilitación” continúan reproduciendo las lógicas manicomiales en sus intentos de producir otros modos de atención. Nos parece interesante preguntarnos como punta de análisis: ¿hasta dónde puede ponerse en juego lo alternativo en las organizaciones inscriptas en este sistema sanitario, que a su vez está encriptado en un campo social y político determinado?

Vale aclarar que no concebimos estas formas de pensar y accionar como lógicas binarias: lo hegemónico y lo alternativo. Estas pujas de diferentes supuestos, perspectivas, modos de accionar y pensar los problemas, se palpitan desde sus grises, y allí mismo se encuentra el terreno fértil para producir procesos de análisis institucionales, para mapear estas distintas formas, sus entrecruzamientos y sus derivas.

En este sentido nos parece valioso incluir lo que proponen Deleuze & Guattari (1994): “Verdaderamente no basta con decir ¡Viva lo múltiple!, aunque ya sea muy difícil lanzar ese grito” (p.12). Así queremos manifestar que no es suficiente enunciarse desde cierta perspectiva de desmanicomialización, de deseo de alternatividad, tampoco que haya una ley aprobada que se posicione desde una concepción de privilegio a los derechos en “salud mental”. Es necesario continuar produciendo las condiciones para la multiplicidad diariamente, en las prácticas y en las intervenciones, en este punto se sostiene nuestra insistencia. En ese sentido, se pueden cerrar los establecimientos manicomiales, pero si no existe un acuerdo con los/las funcionario/as de los hospitales, si no se ejecuta un presupuesto económico correspondiente para implementar la ley de salud mental y la creación de estructuras que funcionen desde una posición “alternativa” y si no se forman equipos técnicos especializados ¿Seremos capaces de poder llevar adelante una transformación de la atención en salud? En la misma línea, si no problematizamos y transformamos las condiciones en las cuales nos relacionamos, como también nuestros supuestos en relación a cómo pensamos la “salud mental”, la locura como dimensión y el sufrimiento de lo psiquiátrico, se vuelve sumamente difícil que pueda implementarse una transformación social direccionada políticamente hacia una garantía de los derechos en salud y una perspectiva de desmanicomialización por un bienestar colectivo. Lo que pretendemos marcar en este punto, es que los establecimientos manicomiales se pueden cerrar, pero las instituciones, es decir las lógicas, siguen operando, por ende hay que trabajar en y sobre las instituciones que son el territorio en movimiento en donde se pueden producir líneas de transformación.

Presentada la situación de estos “tiempos revueltos”, quisiéramos hacer un movimiento de apertura en este trabajo. De esta manera no nos enfocaremos en la ley y sus propuestas, en cambio trabajaremos sobre la posibilidad de acción de las *revoluciones moleculares* (Guattari 1987), estos deseos de otras formas, que se dan diariamente en los servicios de salud, en los grupos, en los colectivos. Según Dosse (2009) "Es una manera de desmontar las lógicas molares de estratificación, de burocratización y de rutina de las

organizaciones, liberando en cada momento los flujos moleculares y sus intensidades capaces de debilitar los códigos del polo molar" (p. 298). La invitación sería insistir en esos movimientos de resistencia a las lógicas manicomiales y afirmar diversos modos de existencia y relacionamiento.

LOCURA DE LA HISTORIA

“No más el Sujeto ni la Razón, el Deseo, la Historia, la Ley, lo Inconsciente o la Cultura (así con mayúscula inicial) como universales antropológicos para subsumir en un análisis «deseventualizante» entramados de relaciones, prácticas y representaciones que emergen, se transforman y dispersan en un momento dado”. Eduardo Restrepo. 2008 p. 119

La denominación de este capítulo corresponde a la intención de poner a jugar el título de la obra de Michel Foucault (2006) “Historia de la locura”, afirmando como plantea el autor la necesidad de situar a la locura desde su dimensión histórica y política. Nikolas Rose (1996) sostiene sobre la historia: “Una historia crítica es la que nos llama a reflexionar sobre nuestra naturaleza y nuestros límites, sobre las condiciones en las que se estableció lo que entendemos por verdad y por realidad.” (p. 1). Pero además de hacer una historia crítica sobre la construcción de la locura, con este movimiento de palabras sostenemos la necesidad de atravesar por los diversos regímenes de razón y locura a la(s) historia(s) y sus efectos de producción. A su vez nos parece pertinente plantear que cuando intentamos desde esta posición, de forma fallida, componer supuestos universales como la historia, la locura, y el sujeto; lo estamos haciendo desde una visión occidental y una concepción judeo-cristiana de la realidad, es decir una óptica sumamente parcial para querer dictaminar regímenes de Verdad.

Por estas particularidades es que esbozaremos cómo entendemos desde esta posición que se compone el campo de la salud mental, ya que a partir de los supuestos que formamos sobre este campo se desprenden modos de involucramiento, prácticas y también la constitución de capacidades imaginativas sobre las posibilidades de transformación. Para este cometido compartiremos las ideas planteadas por Baremlitt (1988) en “Saber, poder, quehacer y deseo”:

Siempre pensamos que el campo fenoménico describible históricamente con esa noción, la del “campo de lo mental”, “campo de lo mental normal”, o “campo de lo mental patológico”, era un lugar de entrecruzamiento de múltiples determinaciones que configuran líneas de fuerza, materialidades diferentes y articuladas o mezcladas, o

complejamente intercurrentes entre sí. Siempre pensamos que existe una determinación socio-política-económica-ideológica, es decir histórica, en lo que llamamos “campo de lo mental”. (pp. 14-15)

Si pensamos desde esta perspectiva, inherentemente es un pasaje a dejar de pensar al mismo como un campo con limitaciones fijas. En este sentido siguiendo a Amarante (2009) “Cuando nos referimos a la salud mental, ampliamos el espectro de los conocimientos involucrados, de una forma tan rica y polisémica, que encontramos dificultad para delimitar sus fronteras, saber dónde empiezan o terminan sus límites” (p.17). Es así que las categorizaciones que podamos realizar van a comprender un reduccionismo de la complejidad del fenómeno. Esta dificultad para poder delimitar este campo es reflejo de la conjunción de diferentes líneas y la complejidad de las determinaciones que componen al mismo. Esta complejidad se va a ir desarrollando como una problemática que nos va a estar acompañando transversalmente a lo largo de este trabajo. Es así que no podemos pensar en la locura, y en las problemáticas ligadas al sufrimiento de nuestros tiempos, sin estar en relación a los modos de vida que producimos en esta sociedad capitalista. Con razón Deleuze & Guattari nombran a su obra “Capitalismo y Esquizofrenia” al estar íntimamente relacionados. Y a su vez, fundamentalmente desde una perspectiva latinoamericana, no podemos pensar estas dimensiones sin considerar las condiciones de pobreza, desigualdad y marginalidad que viven nuestras sociedades. Así como las posibilidades de acceso a servicios esenciales, los desplazamientos territoriales y otras realidades que forman el día a día de nuestros pueblos.

Es por ello que desde este posicionamiento cuando mencionamos a la “salud mental”, no nos referimos a la rama del sistema sanitario especializada en “lo mental”, ni tampoco a las prácticas o intervenciones que se llevan adelante en el terreno del *campo psi -psiquiatría, psicología, trabajo social, talleristas-*. En cambio, nos queremos acercar al “campo de la salud mental” desde su funcionamiento institucional, como lógica que compone a la sociedad, como territorio que a la vez se comporta como un dispositivo. Guattari (1987) plantea: “El dispositivo no comprende solamente la palabra, el sujeto y el significante: es el encabalgamiento de mil componentes lo que hace que la realidad y la historia sean lo que son.” (p.109). Es así que se produce el agenciamiento de infinitos componentes que se afectan y hacen que el campo de la salud mental, y la dimensión de la locura, sean campos de fuerzas en constante disputa, composiciones en movimiento, en tránsito, que forman un

territorio en permanente construcción. Por esto la necesidad de dar cuenta de las múltiples conexiones que componen a este entramado en el cual desde la psicología nos vemos envueltos a la misma vez que lo producimos.

El término “salud mental” en sí logra seguir reproduciendo los binarismos salud-enfermedad, mente-cuerpo, razón-locura. Siguiendo con el pensamiento de Amarante (2009), es curioso que cuando nos referimos a la “salud mental” o trabajadores de la “salud mental”, usualmente nos estamos refiriendo a la contracara de la misma, a la atención y a un paradigma centrado en la patologización. Esto produce cierta captura del significante, el término “salud mental” se va homogeneizando y naturalizando socialmente en un uso exclusivo desestimando la necesidad de profundizar sobre el mismo. Esto genera que se pase por alto la necesidad de vislumbrar cuales son los relacionamientos, las luchas, las determinaciones políticas y sociales que producen el funcionamiento del campo en cuestión. Por esto pretendemos un movimiento que manifieste la tensión y la problematización de este campo como figura estática, enfrentándonos a la reproducción de este paradigma en los discursos e intervenciones.

Hasta ahora lo que hemos querido realizar en este trabajo es delimitar una situación y trazar un posicionamiento. El mismo se basa en comprender las transformaciones en un constante movimiento entre instituidos e instituyentes (Baremlitt 2002), y no desde un ejercicio vertical. A su vez nos posicionamos desde un pensar y hacer que comprende al campo de la salud mental como un campo de fuerzas. Y que el mismo se construye por la constante producción de territorios móviles que se conjugan por el entrecruzamiento de distintas instituciones, líneas de poder y saberes cristalizados que van conformando especificidad.

Ahora bien, atravesar las naturalizaciones de este campo implica esforzarse en el pensamiento y también en la práctica, implica generar la capacidad de producir preguntas inmanentes a nuestras acciones, y buscar problematizar ciertas cristalizaciones que accionamos en nuestro día a día. Se vuelve pertinente analizar las prácticas en sentido amplio, donde estas consigan ser plausibles de transformación en varios niveles de este campo. De esta forma, pensando los procesos institucionales, siguiendo a Saidón (1989) podemos decir que “la institución no se define más como un lugar, sino como una relación entre lo instituyente y lo instituido que da lugar a la institución como un espacio inacabado y en

gestación permanente” (p.37). Consideramos relevantes los procesos de experiencias de transformaciones situadas y la sumatoria de mínimos cambios que puedan crear y portar una potencia de transformación desde la multiplicidad y posibles líneas de fuga (Deleuze & Guattari 1994). Por tanto, desde esta perspectiva sostenemos y apuntamos al realce y la producción de valor de estas pujas, quizás imperceptibles, movimientos y novedosos entrecruzamientos que producen cambios en el terreno de la locura y la salud. Y la dirección que tomen estas transformaciones van a estar delimitadas dependiendo qué líneas de fuerza se van intensificando; por ende es pertinente mapear la trama institucional, visibilizar cómo se configuran los problemas y qué fuerzas van produciendo las distintas perspectivas en estas construcciones.

Las transformaciones o deseos de experiencias sustitutivas a lo manicomial pueden suceder en diversos territorios: instituciones de salud, prácticas académicas, talleres, el programa de estudios o una materia en la Universidad, proyectos de ley, el lenguaje, en una cantina, en la forma de habitar la ciudad, etc. Analicemos desde qué posicionamientos, mediante qué mecanismos, y por qué motivos se sustentan ciertas prácticas. Estas preguntas tienen que ser inmanentes al quehacer profesional de las áreas *psi*, si el mismo se piensa desde un rol de agente de transformación.

Continuando con esta elaboración del pensamiento sobre cómo se construyen los móviles de las intervenciones, prácticas y transformaciones, proponemos valorar las ideas de Barembliitt (1988). Éste propone como parte de la construcción metodológica en el campo de la salud mental, preguntar a las personas sobre qué es lo que quieren. A entender del autor, se vuelve un criterio válido, y no tener en cuenta esta concepción puede transformar a las prácticas en un vicio de hipertrofia teoricista. Tomamos un posicionamiento en el cual es valioso, para el trabajo en este ámbito, considerar la construcción de la “demanda” desde múltiples enfoques, y construir una militancia en nuestro involucramiento en el campo de la salud mental. Siguiendo con lo planteado por el autor, y reflexionando acerca de los procesos de atención en salud, consideramos importante e incluso revolucionario, el acto de preguntar a las personas acerca de lo que sienten, de sus miedos o fantasías. Proponemos realizar esta acción intentando demorar nuestras ideas y palabras, ya que en ellas se encarna el ejercicio de poder que oficia la profesionalidad, la especificidad y la academia. La pregunta genuina puede funcionar como acto revolucionario en el ejercicio, porque desde su simpleza la palabra del otro puede denunciar todo un funcionamiento y un aparato instalado sobre ciertos

supuestos e instituciones que componen las prácticas de los agentes del campo *psi*. Esta demora iría en consonancia con la idea de no accionar desde un supuesto abstracto y trascendente, sin involucrarnos con los modos en cómo se conforma la singularidad de la otra persona; el peligro se encuentra en universalizar, omitir y no considerar la singularidad, el deseo o el sufrimiento del otro.

Permitirnos actuar desde el no saber podría significar una amenaza, vernos sin un deber ser, sin una función específica. Pero tenemos que poder transitar este posicionamiento desde la incertidumbre y a través de ésta lograr generar las condiciones para el aprendizaje y las acciones colectivas. La simple y compleja acción de preguntarle al otro qué piensa, qué quiere, o pensar la problemática en conjunto con otros profesionales de distintas áreas, o diversos actores que no pertenezcan al campo *psi*, se vuelve un trabajo de indagación acerca de nuestros puntos ciegos y de nuestra funcionalidad en esta maquinaria determinada. Siguiendo a Saidón (1989) “Entonces, hacer análisis institucional es cuestionar el lugar, el espacio del especialista, y atravesarlo por otras prácticas que la especialización y las disciplinas intentan recortar o dejar fuera de su campo” (p. 36).

Queremos sostener una crítica a la supuesta neutralidad analítica, a la ciencia en clave de directriz y con un afán positivista de la realidad. En este sentido, problematizando la concepción de objetividad, Jacques Ardoino en “La intervención institucional” (1987) plantea: “...en lugar de verse repudiada como antes, la implicación recupera un lugar central al convertirse ella misma en objeto de estudio, siendo a la vez sesgo y factor relativizado del conocimiento” (p.14). Consideramos relevante los procesos de análisis de la implicación en el trabajo en organizaciones abocadas a la salud mental, para analizar cómo se juega nuestra propia subjetividad en el quehacer profesional, considerar qué acciones producimos, qué puntos ciegos e inquietudes afloran y cómo se despliega nuestra implicación en el proceso institucional. La invitación es a pensar nuestro desenvolvimiento en relación, pensarnos compuestos por instituciones, como parte de un entramado. Por esto es que marcamos la importancia de accionar y pensar con otros, que es donde se encuentra la riqueza para realizar mejores prácticas, abarcar desde una mayor complejidad los problemas y producir formas colectivas de transitar las organizaciones.

Entonces queda planteado el desafío, la intención de disponer de una actitud donde en el mismo movimiento que producimos prácticas en el campo de la salud mental, analicemos

las mismas y problematicemos la relación de estas con nuestro posicionamiento singular en lo institucional, como también la relación entre lo institucional y su composición política.

Como mencionamos al inicio de este capítulo, sentimos la necesidad de poder describir qué es lo que entendemos por este campo difuso denominado “salud mental”, pensar cuales son las determinaciones que se despliegan en el mismo y analizar hasta dónde podemos tensar sus límites. Pero esta necesidad no nace para serle fiel a una definición, sino justamente lo contrario. Necesitamos trazar el plano para poder ponerlo a funcionar con distintos elementos, ponerlo a jugar, hacerlo pivotar, salir y entrar del mismo, deslindarse de el como campo homogéneo. Hacer estallar la estructuración y estratificación de éste para que pueda pasar a ser una dimensión de análisis que se desterritorializa y reterritorializa (Deleuze & Guattari 1994) en diferentes ámbitos, construyendo la intención de pensar la locura y “el campo de la salud mental” relacionada a *las instituciones, la política y el deseo*.

DISPOSITIVOS DE ATENCIÓN Y SU COMPOSICIÓN POLÍTICA: pistas sobre “lo alternativo”.

“El análisis es para lanzar el deseo, la crítica es siempre a la organización, nunca al deseo, repetía Guattari. Entonces, de lo que se trata en la clínica, es de poner el cuerpo. Así, la clínica es un trabajo con el propio pensamiento construyendo las novedades de un pueblo por venir.” Osvaldo Saidón, 2012, p. 3

Proponemos pensar al campo de la salud mental desde su composición política, su vínculo con los modos de vida y las relaciones de poder. Articulación fundamental para pensar la ética y problematizar las prácticas llevadas a cabo en el ámbito de la salud mental. Siguiendo a Herrera, L., Percia, M. y Szyniak, D. (1986) citaremos lo que los autores entienden por “discursos apolíticos” en las prácticas institucionales:

Reunimos en este punto a un conjunto de discursos que representan una “alternativa” al sistema psiquiátrico de poder-represión que promueve una estructura asistencial **vertical**. Son opciones que plantean intervenciones “**horizontales**” y, en general, no se interrogan sobre la función que lo social cumple en las prácticas en salud mental (...) Los llamamos **discursos apolíticos** porque parecen concebir al tejido social como una realidad esencialmente dada. Estos especialistas centran su interés en las vicisitudes de la integración del individuo con su medio (...) En la práctica, dichos abordajes, pueden constituirse en instrumentos sociales normativos en tanto refuerzan los vínculos personales y promueven la integración del individuo y/o los grupos al sistema social vigente. (pp. 58-59)

Pensamos pertinente considerar estas propuestas de los autores como medida de análisis para poder problematizar nuestras prácticas y el trabajo de los distintos servicios de atención en salud mental. Previo a desarrollar estas reflexiones, es importante destacar que los autores se presentan desde una postura y un análisis que pone en discusión a estos discursos “apolíticos”, sin embargo es prudente reconocer que estos tipos de modelos tienen la capacidad de desarrollarse y destacarse en el trabajo enfocado en la generación de

“cambios” de los individuos y el desarrollo de diversas habilidades. Como se explicita en la cita, estos discursos “apolíticos” buscan separarse del sistema psiquiátrico de poder-represión, de un funcionamiento sumamente vertical, para emplear un trabajo supuestamente basado en una lógica “horizontal” y un funcionamiento “alternativo”. Lo fundamental, que podemos resaltar de la perspectiva que proponen los autores, es la crítica hacia la concepción sobre la realidad social que desarrollan y fomentan estos modelos de atención “apolíticos”. Entonces se desprende la siguiente pregunta: ¿cómo conforman la atención y las prácticas de salud estos discursos y posturas “apolíticas” sobre la coyuntura social? Podemos pensar que esta determinante configura las limitaciones de pensamiento y acción del trabajo que puedan llevar adelante estas organizaciones. ¿Hasta qué punto vinculan en su labor lo que sucede “fuera” del establecimiento, que en realidad es parte del mismo? ¿Cómo el servicio ve pertinente, se implica o tiene la capacidad de hacerse una pregunta, una crítica, sobre sus prácticas y la capacidad de verse envuelto en problemáticas que lo configuran? Sucede que estos discursos “apolíticos” sustentan y dan rienda suelta a una perspectiva que prevalece y se enfoca únicamente en las prácticas puertas para “dentro” del establecimiento, por lo tanto estos servicios carecen de capacidad transformadora de la realidad social que constituyen al considerarla natural e inmutable.

Continuando con esta reflexión creemos relevante resaltar por qué pensamos que es importante para el funcionamiento de estos servicios de atención en salud tener un posicionamiento político que involucre el tejido social en sus prácticas y acciones. Compartimos la importancia que tiene el trabajo y la atención especializada en que los sujetos produzcan singular y colectivamente procesos de cambio sobre su bienestar. Es así que debemos considerar con suma atención, hasta con cierta sospecha, cuáles son las posibles derivas de establecer el foco exclusivamente en los efectos de cambio que puedan llevar adelante las personas, en esas prácticas radica el peligro de centrarse únicamente en lo supuestamente individual, e invisibilizar o no considerar, otro tipo de determinantes que componen los procesos de las personas y su relación con la organización.

Pensamos relevante mencionar que estas organizaciones, sumado a la búsqueda de “efectos”, intentan trabajar en procesos de “integración” de los individuos a la “sociedad”. Por esto se vuelve conveniente generar colectivamente líneas de pensamiento que problematicen en relación a cómo las organizaciones dedicadas a la atención en salud mental

desarrollan estos intentos. Esta propuesta busca producir una atención particular sobre cuales son las prácticas que se llevan a cabo en ese afán.

Se vuelve pertinente analizar la problemática aquí descrita en el marco del funcionamiento de los denominados centros de rehabilitación psicosocial, en el contexto de nuestro país, pero también pensar a estas organizaciones y las lógicas que producen en sentido amplio. En estos modelos de dispositivos toma una dimensión particular dicha problemática debido a que los mismos se inscriben en una búsqueda de una forma “alternativa” de atención a las lógicas manicomiales, sosteniendo como bandera la estrategia de “rehabilitación”. Entonces en cada organización emerge una forma particular en la cual se hilvana este problema entre “lo alternativo” y la concepción política que la organización produce sobre su funcionamiento enraizado en un contexto particular que lo compone. Es sumamente interesante, para discutir y pensar constantemente, que en la construcción de esta problemática se hace tangible el imaginario que conforma el binarismo individuo-sociedad. Porque se diseñan diversos centros de rehabilitación, u otras estructuras “alternativas”, para una población objetivo en las cuales las personas puedan desarrollarse de cierta forma particular, para que luego de ese proceso de “rehabilitación”, ahora habilitados nuevamente, puedan “integrarse a la sociedad”. Este modelo de acción presupone desde su concepción un modelo dicotómico de individuo-sociedad, visualizamos un error primario en el cual se basan la mayoría de las prácticas en salud mental. Se conciben a las personas y al campo social como entidades opuestas, por ende es necesario quebrar en la teoría, en el campo de análisis y en las prácticas a este supuesto que produce los modos de pensar los procesos de salud-enfermedad. En cambio se vuelve necesario considerar los planos singulares y sociales como pliegues en constante producción y transformación para el análisis y el mejor diseño de políticas de salud.

Aquí visualizamos el siguiente problema, ésta maquinaria de funcionamiento no considera que el sistema social al cual se busca que las personas sean partícipes, es el pliegue en el cual se soportan las fuerzas y lógicas de producción que desarrollan las condiciones en las que se genera determinado sufrimiento, produciendo formas de ser y estar en el mundo que se catalogan como “patológicas”. Por ende, deberíamos ejercer una postura atenta sobre cómo se producen estas intenciones y prácticas, para una búsqueda de integración de las personas en el entramado social. La integración, entendida como la posibilidad de accionar, producir y participar colectivamente, es sumamente necesaria y demandada, pero pensamos

que debemos problematizar los modos en que las organizaciones diseñan y desarrollan esta búsqueda. Ahora pensemos lo siguiente: ¿cómo se ve determinada esta intención de generar procesos de relacionamientos colectivos de integración, por organizaciones que parten de un supuesto en el cual hay que integrar al sujeto “enfermo” al campo social, sin problematizar los atravesamientos que producen ese sufrimiento singular? Desde esta perspectiva, pensamos que debemos estar atentos a los efectos que producen la creación de organizaciones y prácticas “normalizadoras” para lograr esa “integración”, porque las lógicas que sustentan esa búsqueda pueden forzar formas de “integración” superficiales que logran satisfacer la necesidad de cumplir la función de estas organizaciones “rehabilitadoras” y no implican procesos de participación e implicancia de las personas. Este es un gran peligro, que se busque la alimentación del funcionamiento y reconocimiento de la institución sin considerar la voluntad de para quienes el dispositivo funciona y existe. Por esto, y lo anteriormente reflexionado, es que sostenemos la importancia de trabajar desde una postura política, construyendo dispositivos de atención que se ocupen y tengan la capacidad de captar los signos, las líneas de fuerza, que desde el supuesto “exterior” determinan y configuran el trabajo que se pueda realizar en lo institucional. Tenemos que tensar este dualismo adentro-afuera, donde en las mismas labores institucionales la organización pueda ser crítica de sus prácticas analizandolas constantemente.

En este sentido, al continuar problematizando la noción de rehabilitación, consideremos el pensamiento de Laino (2018), que en esta oportunidad se refiere al sistema penitenciario pero que funciona perfectamente para la institución manicomial: "Y sólo será posible rehabilitarse si esto implica un cambio en la persona, pero no en tanto transformación que cuestiona la configuración de los sujetos como tales, los modos en que hemos sido objetivados, contruidos, producidos" (p. 94). Es así que la autora propone pasar de esta estrategia de “rehabilitación” individualizante, al de una transformación colectiva, perspectiva que pone el foco de esta problemática en lo singular, en lo colectivo y en los modos de relacionamiento y producción. Sin realizar este giro, estaremos produciendo prácticas que fomentan la construcción de “organizaciones islas”, siguiendo a Ana Maria Fernández (1989) y su concepción de “grupos islas”, que desarrollan cierto tipo de organigrama que refuerza las fronteras institucionales para centrarse en sus efectos y sus logros.

Lo que conseguimos poner en tensión aquí es la pregunta ¿Qué significa trabajar desde la “rehabilitación”? Esta estrategia supone explícitamente que la persona está inhabilitada, tiene que “cambiar” para volver a “habilitarse” y poder “incluirse” en la sociedad. Este axioma, de apariencia banal, diagrama un sinfín de prácticas y quehaceres institucionales que se impregnan en el funcionamiento de distintos dispositivos. Es así que las organizaciones “alternativas” pueden volverse instrumentos sociales normativos que no consideran la posibilidad de la diferencia, ni da lugar a la pregunta inversa sobre cómo producimos los modos de ser y estar en sociedad. Siguiendo a Deleuze (2008) en su libro “Foucault”: “La lucha por la subjetividad se presenta, pues, como derecho a la diferencia y derecho a la variación, a la metamorfosis” (p. 139). Podemos observar que tanto en el lenguaje como en las prácticas se proyecta la naturalización de dispositivos de normalización del comportamiento, y supuestamente la función de las estructuras alternativas sería no reproducir estas lógicas. Problematizando la idea de “rehabilitación” y posicionándonos desde la transformación colectiva, podríamos pensar sobre cómo asumir en nuestras prácticas un desenvolvimiento que busque funcionar desde el involucramiento sobre las derivas de las formas de producción. Relacionamientos que construimos y hacen que desarrollemos procesos de subjetivación constituidos por el sufrimiento. Siguiendo a Pichon- Rivière (1985) planteamos que las personas que se encuentran desarrollando un sufrimiento están funcionando como portavoz de una situación grupal. Esta perspectiva desterritorializa la problemática sobre las individualidades y la sitúa en una trama, así la persona pasa a cumplir un rol, una función y es el depositario de las ansiedades grupales. El autor en su obra lo teoriza desde la coyuntura familiar, pero desde este lugar podemos pensarlo más allá de la familia, incluyendo las inscripciones institucionales y los efectos de producción colectivos que construimos socialmente. Entonces marcamos el señalamiento en los agenciamientos colectivos, entre personas, la tierra, los alimentos, familias, instituciones, organizaciones y el campo social. Nos focalizamos en los relacionamientos porque tampoco debemos reproducir el binarismo individuo-sociedad y pasar al extremo de definir que los problemas de sufrimiento y la locura son: “por la sociedad”. En este sentido, Deleuze (1972) a modo de crítica sostiene:

Con las mejores intenciones del mundo, morales y políticas, lo que se consigue es negar al loco el derecho a ser loco, el *la culpa es de la sociedad* puede ocultar un

modo de reprimir cualquier desviación. La negación de la institución se transformaría entonces en una negación del hecho singular de la alienación mental. (p.18)

Al desarrollar estas reflexiones notamos la necesidad de construir un posicionamiento “político” en el trabajo en el ámbito de la salud mental, con esto nos referimos a concebir en las prácticas a las determinantes sociales, políticas, económicas, como composición de las problemáticas de los procesos de salud-enfermedad. Para lograr comprender estos procesos son problemáticas colectivas y que se arraigan en los modos de vida que construimos. Al parecer continúa siendo lo más alcanzable y supuestamente “alternativo” seguir reproduciendo el axioma que sustenta a la estrategia de “rehabilitación”, que por lo desglosado aquí, se acuña y no se deslinda de las lógicas manicomiales. Se crean así centros de rehabilitación psicosocial a los cuales acude el individuo “enfermo” a intentar producir efectos de cambio para llevar adelante un proceso de recuperación, mientras la mayoría de las lógicas enfermantes y duras se siguen enquistando y reproduciendo. Para lograr una transformación se debería involucrar también a la participación (y construcción) de redes comunitarias y locales, las cuales puedan sostener y acompañar ciertos procesos de las personas, de esta forma lograr un mayor bienestar en el territorio que desplegamos nuestra vida.

Con estas reflexiones pensamos que es oportuno volcar las ideas de Franco Basaglia (1975) en “Razón, locura y sociedad”: “Que la población entienda que la situación está cambiando y que la institución cambia, no para cambiar la situación institucional, sino para que el problema de la locura sea un problema de todos” (p. 42). En estas palabras el autor propone que la real importancia del trabajo institucional no debería estar dentro de los establecimientos, sino que la verdadera relevancia de las transformaciones debería ser para que impliquen a la sociedad y así preparar el campo para llevar adelante transformaciones genuinas. Es necesario entender que el problema de la locura y del sufrimiento es un problema de todos y todas, y que si la transformación no es de forma colectiva, los procesos de cambio se van a encontrar muy limitados y recayendo continuamente en prácticas individualizantes y estigmatizantes. El encierro más grande se encuentra en nuestras fantasías, en los imaginarios colectivos y en las formas de pensar las transformaciones.

Para finalizar las reflexiones de este capítulo quisiéramos sincerarnos y confesar que las mismas se basaron en una gran falacia. Esta falacia es la existencia de los discursos y las prácticas “apolíticas”. Porque toda práctica es política, aún más en el campo de la salud mental. Estos modelos de atención sustentados aparentemente por discursos “apolíticos” realizan la acción sumamente política de diseñar su trabajo, su método de atención y sus prácticas, dependiendo cuasi exclusivamente de su historia, sus concepciones y los efectos que estos mismos puedan lograr. En ese sentido, los discursos “apolíticos” sobre la realidad social, en su cotidianeidad se vuelven inexorablemente políticos. De esta forma no se considera lo que ocurre en el contexto, se omite al mismo como parte del análisis y la planificación institucional. Siguiendo a Ana Maria Fernández (1989) podríamos decir que el contexto es en rigor texto de la organización, no existiría una realidad “exterior” que influye en la misma teniendo efectos, sino que tal realidad es producción y compone al mismo texto grupal, organizacional y al proceso institucional. Si no consideramos el contexto-texto en su condición productiva se podría simular una falsa desinscripción de la organización de su dimensión socio-institucional que late y produce constantemente.

ANÁLISIS INSTITUCIONAL: la *transversalidad* como clave.

“Por qué nos hemos quedado ciegos, No lo sé, quizá un día lleguemos a saber la razón, Quieres que te diga lo que estoy pensando, Dime, Creo que no nos quedamos ciegos, creo que estamos ciegos, Ciegos que ven, Ciegos que, viendo, no ven.” Ensayo sobre la ceguera - Jose Saramago 1995. p. 333

Por la conformación de este campo problemático que hemos ido hilvanando a lo largo de este trabajo, el análisis pasa a decantar en la necesidad de producir líneas de pensamiento acerca del campo de la salud mental en el seno de las tramas institucionales de cada organización. Por lo reflexionado anteriormente, no podemos establecer que porque las organizaciones tengan la connotación de “alternativa” implica que esta sea una descripción de su funcionamiento. Esto nos muestra la necesidad de pensar la “alternatividad” desde la ética, en términos de potencia, es decir desde un plano de inmanencia en sentido spinoziano (Deleuze, 1984). Es decir, la posibilidad de lo alternativo a la institución manicomial se produciría en la cotidianidad de las organizaciones y no podemos dictaminar lo alternativo en un plano trascendente. Por esta configuración del problema, nuestra propuesta es adentrarnos en los funcionamientos de las organizaciones destinadas a la atención en salud mental y ejercitar una búsqueda-producción de la potencia de transformaciones situadas y tránsitos institucionales colectivos que puedan producir otra cosa, inesperada, diferente a las lógicas manicomiales y un trabajo centralizado únicamente en la atención. En este sentido se vuelve pertinente la pregunta: ¿cómo hacemos para captar estos signos de resistencia, producciones de deseo y la conjunción de otros modos de relacionarnos en las organizaciones?

De esta forma queremos presentar algunas ideas del análisis institucional para pensar el trabajo en las organizaciones. En principio, como trabajamos en capítulos anteriores retomando a Saidon (1989), la institución no se define como un lugar, sino que el proceso institucional se compone por la relación de flujos entre lo instituido y lo instituyente. Esta noción da cuenta de la institución pensada desde el relacionamiento, procesos que se debaten y hacen a la misma un espacio en constante producción y transformación. Esta es una de las claves que nos hace pensar en la posibilidad de procesos de cambio en el medio de las organizaciones del ámbito de la salud mental, y nos incentiva a trabajar desde una actitud que

contemple el lugar que puedan tener posibles transformaciones por venir. Nos parece pertinente destacar, siguiendo a Baremlitt (2002), que aunque lo instituido se conciba por una tendencia de resistencia al cambio y al conservadurismo, y lo instituyente sea entendido como potencia de las fuerzas revolucionarias institucionales, es necesario no actuar desde una lectura binaria en la cual proyectamos que lo instituido es “lo malo” y lo instituyente es “lo bueno”. Es necesario esclarecer este punto porque lo instituyente sin relación permanente con lo instituido no podría materializarse, producir efectos, y en cambio si lo instituido no estuviera en diálogo con lo instituyente carecería de apertura perdiendo así potencia de funcionamiento y acción.

Reflexionando desde esta perspectiva del análisis institucional, este modo particular de entender los procesos de institucionalización, nos permite pensar a las organizaciones en constante movimiento. En las organizaciones sí puede pasar algo que no estaría previsto, de esta forma se construye la pista que nos invita a disponer nuestro cuerpo y nuestras acciones sobre la búsqueda de lo impensado, lo imprevisto. Pero es relevante destacar que para el desarrollo de novedosas producciones, es necesario que exista (o crear) una permeabilidad institucional, que las organizaciones tengan apertura y elasticidad en la elaboración de cambios. Por tanto, nos parece pertinente adentrarnos en el concepto de “transversalidad” que desarrolla Felix Guattari (1972) en “Psicoanálisis y Transversalidad”:

Póngase en un corral cerrado algunos caballos con anteojeras regulables y digamos que el “coeficiente de transversalidad” será justamente esa regulación de las anteojeras (...) En un hospital, el “coeficiente de transversalidad” es el grado de ceguera de cada miembro del personal. (p 100-101)

En este sentido, la transversalidad la entendemos como el coeficiente que constituye el grado de apertura, como también de clausura, de los miembros de una organización y de los procesos institucionales. Pueden existir diferentes grados de transversalidad entre los diversos miembros de una organización, como también de los diferentes sectores de la misma. Este concepto irrumpe con el modelo binario, con el cual venimos coqueteando a lo largo de este trabajo, de verticalidad y horizontalidad; así la transversalidad busca romper con un funcionamiento vertical de la organización, la jerarquía, la burocracia, pero a su vez

sobrepasar el impasse de una extremada horizontalidad que tienda una apertura excesivamente dispersa que logre sabotear el funcionamiento institucional.

Podríamos decir que el grado de transversalidad institucional moldea la posibilidad de transformación de una organización o un colectivo. Al entender de Guattari (1972): “Es el objeto mismo de la investigación de un grupo-sujeto. Nuestra hipótesis es la siguiente: es posible modificar los diferentes coeficientes de transversalidad inconsciente en los diferentes niveles de una institución” (p. 101).

Este punto es fundamental para el motivo de nuestro trabajo. Sostenemos que es posible modificar el grado de transversalidad de una organización y proponemos mapear esas posibilidades. ¿Pero qué es este grupo-sujeto en lo institucional? El grupo sujeto, en oposición al grupo-sometido (también conocido por grupo-objeto), es un modo de relacionarse colectivamente en la búsqueda de producir nuevas formas, derribar ciertos instituidos, y con la firme intención de no someterse a la ley que se presenta vertical desde las jerarquías. Al entender de Manero (2015): “el grupo sujeto es un grupo que se constituye como grupo analizador. Es un grupo que no puede ser estructura, sino evento, o más precisamente máquina, máquina de guerra.” (p. 13)

Según Manero (2007) los analizadores son aquellas situaciones, personas o acciones, que generan procesos de deconstrucción de lo instituido. Entonces el análisis institucional se produce a través de los analizadores que develan el no-saber de los miembros en relación a la institución que producen. El analizador se vuelve una denuncia sobre las formas de funcionamiento establecidas, la autoridad y las relaciones de poder impregnadas en lo institucional. En este sentido, los grupos-sujetos se constituyen como grupos analizadores ya que ejercitan la acción de develar las determinaciones institucionales en la trama organizacional. El objetivo del grupo-sujeto va a ser modificar los coeficientes de transversalidad de diversas líneas de la organización, al menos devenir-producirse en esa lucha. Entonces de esta hipótesis desprendemos también nuestro objetivo para el problema que estamos construyendo, el problema de las posibilidades de transformación en el campo de la salud mental. El objetivo sería poder aumentar los coeficientes de transversalidad en nuestros tránsitos por las organizaciones, producir intenciones de cambio en esa dirección, y atender la producción de la dimensión deseante.

A partir de estos planteos pensamos relevante situar la perspectiva de la psicoterapia institucional. Para ello es importante considerar que la emergencia de prácticas y concepciones están intrínsecamente relacionadas a momentos históricos, sus conflictos y el devenir de sus desplazamientos. Es necesario trazar estas conexiones para comprender desde una sensibilidad cartográfica la composición y el desarrollo de ciertas perspectivas en determinadas territorialidades. Siguiendo el documental sobre la vida de Francesc Tosquelles “Une politique de la folie” (Sivadon y Polack, 2020) podríamos decir que una corriente de la psicoterapia institucional se comienza a gestar en el contexto de la guerra civil española (1936-1939). Allí el psiquiatra catalán comienza a implantar novedosas prácticas en el servicio psiquiátrico del ejército republicano. Tratando las problemáticas en la línea de frente donde se habían desencadenado, para evitar establecer de cronicidad a las mismas, capacitando a personas de distintas profesiones para que actúen en la atención y “curando” especialmente a los médicos en su confrontación del miedo a la guerra y sobre todo a la pérdida de su estabilidad burguesa. Luego de la derrota republicana, Tosquelles se marchó exiliado a Francia y se instaló, como tantas miles de personas, en el campo de refugiados de Septfonds, donde también logró desarrollar un servicio de psiquiatría en medio de guerras, dolor y miseria. Luego el 6 de enero de 1940 abandona el campo de refugiados y se instala en el Hospital de Saint Alban. Este lugar, aparte de ser un hospital psiquiátrico, funcionó como lugar de acogida para resistentes de la Segunda Guerra Mundial, valiendo doblemente la denominación de “asilo”. Entonces mediante estas particularidades se va desarrollando la psicoterapia institucional, en la articulación entre exilio, extranjería, resistencia y locura. Por la posibilidad del entrecruzamiento de estas condiciones es que logró germinar una perspectiva que apuesta a la participación, la libertad de movimiento, la crítica del poder y el análisis. Es así que no podríamos comprender a la psicoterapia institucional sin las guerras, sus desterritorializaciones y sobre todo su componente revolucionario. De esta forma la hospitalidad y la resistencia se conjugan produciendo un terreno fértil para la construcción de distintos modos de habitar, componer y convivir con otros. Por ende, podemos pensar en “Une politique de la folie”, pero también podemos trocar estos términos y pensar desde “La folie politique”.

La experiencia de Tosquelles, entre guerras, refugios y Saint Alban, la consideramos fundamental para entender la genealogía y el desarrollo de la psicoterapia institucional. El psiquiatra Jean Oury estuvo en este asilo desde 1947 hasta 1949, para luego fundar en 1953 la Clínica La Borde de la cual participaba activamente Felix Guattari. Las relaciones,

producciones y la trama indisociable entre la acción y el pensamiento que se desarrollaron en esta clínica habilitaron varios conceptos los cuales hoy utilizamos y son claves de la psicoterapia institucional. En primer término, esta corriente considera que sobre lo que hay que trabajar y someter a tratamiento es la institución, no precisamente a las personas. Según Dosse (2009) esta perspectiva se entiende como: “Una postura creadora, se trata de situarse en caminos sin trazar, dejando actuar el azar y la espontaneidad. (...) La revolución debe ser permanente, como la reflexión que debe seguir paso a paso las iniciativas prácticas, para evaluar su posible fecundidad” (pp. 64-65)

En este sentido, lecturas referidas a experiencias en la Clínica La Borde nos han permitido pensar sobre nuestros propios tránsitos y nuestras acciones en organizaciones de atención en salud mental. Por esto, queremos puntualizar brevemente sobre tres dimensiones que pueden brindarnos algunas pistas que pudieran producir efectos y funcionar como analizadores institucionales en distintas organizaciones. En primer lugar, **la necesidad de pensar la circulación por los espacios y la apropiación de los territorios institucionales.** Aquí se abre un universo de análisis sobre los cuerpos, los recorridos y los relacionamientos de los agentes de la organización. ¿De qué modos las/los usuaria/os del servicio disponen de los espacios? (el uso de la cocina, la disposición de los baños, la espera ante una actividad, la forma de reunirse para un grupo, etc) ¿Cómo se mapean los movimientos de las/los técnica/os y las/los usuaria/os por el establecimiento? ¿A qué espacios se tiene acceso? ¿Cómo se dan y quien decide la movilidad de los objetos en la organización? (puede ser un escritorio, una mesa de ping pong, un buzón de sugerencias, el uso del aire acondicionado). A través del análisis que se pueda generar por medio de estas situaciones podemos pensar sobre las condiciones de participación de las personas en la organización y consideramos a la participación como un indicador fundamental sobre la transversalidad institucional. Otra dimensión que nos parece importante pensar es sobre **la dinamización de los roles.** En este sentido pensamos que es saludable para la organización que exista cierta flexibilidad en el ejercicio de los roles, poder ser críticos con estos y permitirse hacer preguntas sobre las especificidades construidas. En este aspecto nos referimos a poner a jugar los roles y deberes asignados de las disciplinas e incrementar las posibilidades de acción de los participantes. Aquí proponemos la intención de “embarrarse” para que estas dislocaciones puedan producir efectos analizadores, ¿qué sucede si el/la psicólogo/a trabaja en una huerta o se pone a hacer cartelera? ¿Qué efectos produce si un/a usuario/a cuestiona la palabra del psiquiatra, o quiere tener injerencia sobre su tratamiento? Proponemos una crítica que intente develar las

relaciones entre poder y saber que transcurren en lo institucional y que pueda instalarse la pregunta sobre qué otros modos de producción son posibles. Siguiendo a Oury (1972) en conversación con Guattari: “Hay ahí un salto que dar, como decíamos hace poco respecto de la ruptura del contrato: reemplazar relaciones administrativas racionales de sujeto a objeto por relaciones existenciales de persona a persona” (p. 27). Continuando con esta idea, sostenemos la importancia de que se produzcan relacionamientos que movilicen la institución, pero no solamente entre técnico/as y usuario/as, sino privilegiar el encuentro de persona a persona, como participantes de un grupo, pensando y haciendo una tarea específica, cantando en un coro y jugando al fútbol. Sobre este último expresa Pichón-Riviere: “Un deporte muy bello y del que emerge la mayor variedad de conflictos (...) la vivencia del carácter operativo de las situaciones grupales” (Zito Lema, 1993, p.28). De este modo la intención es atravesar ciertos estereotipos, disponernos sensibles sobre cómo se configuran otros modos de relacionarnos y qué efectos producen esos movimientos. Por último quisiéramos proponer analizadores posibles al pensar **el lugar que ocupa la dimensión festiva, de celebración, en la organización**. ¿Qué acontecimientos se celebran y qué acciones se ponen en marcha para ello? ¿Desde qué sectores o miembros surge la iniciativa por celebrar-accionar en cierto momento y espacio? Por ejemplo, podemos pensar cuál es el espacio que ocupa en la organización el día (o el mes) de la “salud mental”. ¿Qué relatos y perspectivas se ponen en juego? ¿Aparece este acontecimiento en la organización para realizar alguna actividad o pasa desapercibido? Si se realizan actividades: ¿qué es lo que se busca reivindicar? ¿Necesitan manifestar lo mismo usuaria/os y técnica/os o en cambio existen diferencias en los planteos? Se vuelve interesante prestar atención por dónde se habilita lo festivo en la trama institucional, cómo se producen las celebraciones, el movimiento, la dimensión estética y los encuentros. En este punto llegamos a la intersección necesaria que nos demuestra cómo se relaciona la dimensión festiva con la dimensión política, por la articulación de la construcción deseante y las posibilidades de transformación de los relacionamientos.

A raíz de la creación de estas tres dimensiones podemos pensar al análisis en su dimensión más territorial y constructiva posible. En este sentido, el análisis se vuelve parte de un derrame institucional que se encuentra en los roles, en los espacios, los objetos, los saludos, las paredes y la cotidianeidad. Continuando con Manero (2007): “ El análisis deja de ser un mero ejercicio intelectual, con posibles aplicaciones prácticas, y se constituye como un

trabajo, una acción de deconstrucción en la acción de lo instituido, de las formas de funcionamiento” (p. 144).

En este sentido, habiendo establecido como objetivo el aumento de las condiciones para la transversalidad institucional, marcando la importancia de los analizadores y la construcción de estas tres dimensiones, quisiéramos continuar esta línea de pensamiento siguiendo a Deleuze (1972) quien plantea lo siguiente:

Y estas nociones tienen una orientación práctica precisa: introducir en la institución una función política militante, constituir una suerte de “monstruo” que no sea ni el psicoanálisis, ni la práctica hospitalaria, mucho menos la dinámica de grupo, y que pueda aplicarse en todas partes, en el hospital, en la escuela, en la militancia, o sea una máquina que produzca y enuncie el deseo. (p.19)

Entonces el ejercicio del análisis institucional sería montar una especie de “monstruo”, una máquina que enuncie y produzca deseo en diferentes territorios. Este posicionamiento implica la necesidad de involucrarnos desde una política militante, que busque la transversalidad y la consideración de las inscripciones institucionales que se ponen en juego en la organización. Siguiendo estas reflexiones quisiéramos retomar a Saidón (1989):

Analizar es recuperar un espacio, desterritorializarlo, conjurar los efectos de sobrecodificación o rotulación, posibilitando así la creatividad o el surgimiento de otros efectos de sentido (...) Surge toda una estrategia de desanudamiento de las relaciones entre poder y saber que llamamos de **pensamiento nómada**, transdisciplinariedad o clínica institucional. (pp. 39-40)

Siguiendo a este autor, el nomadismo es un modo de agenciamiento del deseo, un modo de producción que se aleja de una forma sedentaria de componer instituciones. Proponemos desde aquí el ejercicio de un *posicionamiento nómada* en lo institucional, el cual se manifiesta como un *ethos*, como intención, la vivencia de una inquietud motorizada por la pregunta de si es posible producir formas distintas, que busquen romper ciertas estructuras y

en su lugar producir máquinas de deseo (construir disposiciones). En nuestras palabras, el *nomadismo* sería el ejercicio de trillar, o animarse a percibir, los caminos del *rizoma*. Como un *viajante* que transita “*a dedo*”, puede tener una intención de destino pero igualmente se abre a la experimentación de no saber cómo llegar allí, y tampoco saber si efectivamente llegará a ese “destino”. Entonces, el viajante se acerca a ser productor y al mismo tiempo verse envuelto por el campo de fuerzas que se desarrollará en ese momento, se asoma a una producción de acción conjunta en que se efectuará un encuentro que irrumpirá allí, uno de los tantos posibles trazos del rizoma. Es un juego azaroso entre la espontaneidad y la incertidumbre: “No sabemos para qué vamos a Tirana, pero ese “no saber” tiene la forma de la confianza” (Larrosa, 2021, 1m54s). De este modo es que toma relevancia el planteo anteriormente descrito en el capítulo “Frontera: Los pasos perdidos” de “*hodos-meta*” (Passos y de Barros, 2009) referido al método cartográfico. Por tanto, marcamos un posicionamiento en busca del realzamiento de los *camino posibles* remarcando la relevancia de una concepción cartográfica, podríamos decir que: “O método da cartografia tem como direção clínico-política o aumento do coeficiente de transversalidade.” (Passos y de Barros, 2009, p. 28).

Es así que esta actitud al componer lo institucional será guiada por las posibilidades de creación y la construcción deseante, “La creatividad estaría dentro de las ciencias nómades, ambulantes, que tienen la función de inventar los problemas” (Dosse, 2009, p. 331). La invitación es a construir un lugar de sospecha sobre la dirección que van tomando los diferentes caminos, poder mapear el proceso organizacional y nuestra propia implicación en este entramado. Este punto es importante, la intención por un *andar nómade* no inhibe nuestra propia ceguera, nuestras estructuras, rotulaciones e instituidos. Intentar producir un modo de deslizarse por lo institucional que procure no estancarse ante cierto grado de comodidad, o que si lo hace tenga la capacidad de hacerse una pregunta sobre esta situación. Entendemos que habitar los funcionamientos de los grupos-sujetos, buscar el aumento del grado de transversalidad y posicionarse desde un ejercicio nómade, son maneras de poder desenmarañar ciertos espacios de sobre-codificación que se enquistan en la organización. Siguiendo a Saidon (1983):

El grupo trazará un mapa hecho de pedazos. En ese mapa nos interesan los puntos de resistencia, las fronteras, las aduanas, que impiden las conexiones posibles (...) los analizadores nos ayudan a construir estos mapas, este rompecabezas eternamente

inacabado. Los puntos de resistencia son fantasmas inconcientes, es el organigrama institucional, son las relaciones de poder institucionalizadas, es el terrorismo del discurso científico, es el propio análisis. (pp. 95- 96)

Nuestra propuesta es poder puntualizar allí, donde se encuentran los nudos, los puntos de resistencia, las fronteras de pensamiento y acción institucionales. Como venimos desarrollando a lo largo de este ensayo, no es sencillo desarrollar este *andar nómade*, ya que solemos tender a la agrupación, a la homogeneización y a cristalizar nuestros saberes para producir seguridad sobre nuestros posicionamientos. Imaginando que así nos alejamos de percibir el riesgo de nuestra desaparición, por esto la insistencia por la experimentación, el ensayo, que son los nutrientes del entrelazamiento de teoría y práctica. Como plantea Pichon-Rivière (1985): “La praxis, de donde surge el carácter instrumental y operacional en su sentido más real, se resuelve no en un círculo cerrado, sino en una continua realimentación de la teoría, a través de su confrontación en la práctica y viceversa” (p. 150). Por tanto, creemos interesante continuar pensando estas líneas en articulación con la experiencia de haber sido practicante en un centro de rehabilitación psicosocial, en el marco del convenio entre Facultad de Psicología y ASSE. Pensemos este rol de “practicante”, que oficia como trabajador formando parte del equipo técnico de un servicio de salud. A nuestro entender, el mismo conlleva tres características que al conjugarse producen un rol bastante particular e interesante para pensar su relacionamiento con la organización. En primer lugar, el practicante es estudiante, no se ha recibido como “profesional”; a su vez tiene marcado un lapso delimitado de tiempo (doce meses) para ejercer su función; y por último se encuentra en una situación institucional entre Facultad de Psicología y ASSE. Esta articulación de coordenadas produce la posibilidad de componer un tránsito especial en la organización en la cual el practicante se inserte. En cierto punto, el practicante va a ser el extranjero, el infiltrado, como también el “aire fresco” deseado por algunos integrantes y el depositario de algunas fantasías institucionales. Pero, precisamente por la coyuntura del rol que mencionamos, por la particularidad del grado de sus anteojeras, va a tener la posibilidad de ejercitar una función siendo quien pueda plantear una pregunta que ya todos se respondieron y no se vuelve a hacer. Por tanto, nos parece interesante desarrollar esta propuesta de lo *nómade* en la organización y ponerla en relación con el ejercicio del practicante. Entendiendo a este rol como la persona que practica, ensaya, que está en un posicionamiento dialéctico de apertura entre la experimentación y el aprendizaje. Nuestro planteo es que el posicionamiento

de practicante sea una actitud deseable para los diferentes integrantes de una organización, que este modo de ejercicio no sea únicamente para el estudiante, el no profesional. La propuesta aquí es estar constantemente experimentando, pensando condiciones de transversalidad y posicionándose desde un lugar que no capture las posibilidades de transformación y aprendizaje en lo institucional. Esto no significa que no se trabaje desde un funcionamiento fundamentado, desde un saber hacer, pero consideramos necesaria esta actitud de experimentación para alejarnos de funcionamientos y roles enquistados que obturan las posibilidades creativas institucionales que son claves para generar una organización abierta, hospitalaria y de acogida para los que accedan a ella. Aquí se abre otra dimensión que nos hace pensar sobre los grados de transversalidad de los equipos y organizaciones. ¿Cómo hospeda la institución ese componente ensayístico y practicante?, y podemos pensar esta dimensión también como posible analizador relevante para pensar los procesos institucionales y sus posibilidades de transformación. Siguiendo a Derrida (2008) articulemos la noción de la persona que experimenta con el extranjero:

El Extranjero trae y plantea la pregunta temible, se ve o se prevé, se sabe anticipadamente cuestionado por la autoridad paterna y razonable del logos. La instancia paterna del logos se apresta a desarticularlo, a tratarlo de loco, y esto en el momento mismo en que su pregunta, la pregunta del extranjero, ¡solo parece objetar con la intención de recordar lo que debería de ser evidente incluso para los ciegos! (p. 17)

Proponemos que dependiendo de las formas en que los integrantes de la organización, acepten, cuestionen o que movimientos habiliten al practicante, al loco y al extranjero, va a ser un indicador del coeficiente de transversalidad de la misma. **El estudiante, el loco y el extranjero... notamos cierta articulación común, son imágenes en tránsito, no subjetivadas tal vez ante la ley del logos operante, aflora entonces el temor a lo inesperado que puedan plantear o manifestar estas figuras.** Porque justamente allí se encuentra el potencial (o el temor) de que estos experimenten o desarrollen la pregunta que para el resto de la organización ...¡Debería ser evidente incluso para los ciegos!... Siguiendo a Pichon-Rivière (1985) podríamos pensar que en estas figuras podrían depositarse los miedos básicos grupales e institucionales. Es decir, el miedo de la organización a perder el

funcionamiento construido y también el miedo al ataque de la nueva situación a desarrollar que amenaza la supuesta armonía del dispositivo. Entonces, se logran modificaciones institucionales por la propia irrupción del extranjero en la cotidianeidad. Así, estos encuentros van a estar generando nuevos efectos de producción, y dependiendo los modos en que estos relacionamientos se produzcan podrán habilitarse territorios en los cuales se generan transformaciones en el seno de la organización. Sobre la extranjería y la hospitalidad Tosquelles sostiene: “un psiquiatra, para ser un buen psiquiatra, debe ser extranjero o hacer semblante de extranjero.” (Sivadon y Polack, 2020, 3m41s) Creemos que esta actitud de extranjería es clave para pensar el trabajo de las diversas disciplinas y los dispositivos de atención. Para trabajar con otros es necesario salirnos de nuestro territorio, ampliarlo, mostrarnos también extranjeros, producir condiciones de hospitalidad institucionales en la cual se posibilite un devenir-extranjero.

Este andar *nómada*, como todos los tránsitos, pone en juego nuestro posicionamiento como actores institucionales y conlleva la necesidad de analizar nuestra propia implicación y cómo esta se materializa en la posibilidad de visualizar o no ciertas problemáticas, desarrollar o no ciertas prácticas, las preguntas que nos podemos plantear y nuestra propia capacidad deseante. Se vuelve sumamente necesario considerar y analizar nuestro propio involucramiento relacionado a la producción institucional y la trama colectiva, para alejarnos del fenómeno de “sobre-implicación”. Siguiendo a María José Acevedo (2002) la sobre-implicación funciona:

Como un efecto, como la fatal consecuencia de la incapacidad de analizar las propias implicaciones. Es la ceguera que lleva al sujeto a una identificación institucional en la que queda alienado a la voluntad de un poder que lo desconoce en su particularidad.
(p. 11)

En este sentido, analizar nuestra implicación es una forma de ampliar nuestras anteojeras regulables, allí radica su importancia y su potencia. Si no ejercitamos esta atención corremos el riesgo de vernos plegados en prácticas sin poder pensar sus determinaciones, direccionalidades, sus intenciones y sus efectos de producción. Ahora bien, es bastante simple escribir estas palabras en el papel, se escucha bonito cuando se expresa y desde la academia se hace mucha insistencia en este punto. Pero a nuestro parecer la complejidad

radica en **¿cómo hacemos para analizar nuestra implicación singular - colectiva en la construcción de un campo de fuerzas?** Es así que entendemos que no hay ninguna fórmula mágica, pero podemos afirmar que mientras más busquemos ejercitar un *andar nómade* institucional, mientras más habitemos un posicionamiento de grupo-sujeto, mientras construyamos un devenir-extranjero que sea sensible a la dimensión afectiva en la organización y mientras más transitemos colectivamente por los espacios, estaremos más cerca de poder analizar nuestra implicación, siempre en relacionamientos inmanentes.

DESTERRITORIALIZAR LA PROBLEMÁTICA: “La consagración de la primavera”.²

“Querida viejita: ¿Qué es lo que se pierde al cruzar una frontera? Cada momento parece partido en dos, melancolía por lo que quedó atrás, y por otro lado, todo el entusiasmo por entrar en tierras nuevas.”

"Walter Salles - Diarios de Motocicleta. 2020, minuto: 28:10

En el comienzo de este ensayo se intenta dejar constancia sobre cómo nos posicionamos para construir y pensar el campo de la salud mental. Lo definimos como un campo difuso y en constante transformación en el cual se da el cruzamiento de distintas líneas de salud, de burocracia, de profesionalidad, de control, de capitalismo, etc. Entonces al pensar de esta forma el campo de la salud mental toma relevancia el analizar la problemática más allá de los servicios de salud, las normativas de estados y los centramientos disciplinares. Para problematizar y dar cuenta de la multiplicidad del interjuego de estas líneas tenemos que pensar en las relaciones que componemos en los distintos ámbitos de las esferas sociales, cómo producimos modos de vida y la dimensión del deseo en los distintos espacios: en la calle, en lo público, en la amistad, en las organizaciones, en el club del barrio, en la universidad. En el corazón de lo político se define cómo producimos nuestras formas de vida y qué vamos comprendiendo-produciendo por salud colectiva, por salud mental. Proponemos no centrarnos únicamente en la atención desde organizaciones del sistema sanitario, sino pensar la locura y el problema del sufrimiento en su coyuntura social y política. Descentrarse de una perspectiva de atención y posicionarnos desde el involucramiento y una crítica en la producción de los modos de vida que generan estos modos de sufrimientos, pensar en la transformación a nivel social y comunitario, involucrarnos con las *revoluciones moleculares* que se están produciendo constantemente. Aquí es que toma relevancia el acto de *desterritorialización*: “Todo rizoma comprende líneas de segmentariedad según las cuales está estratificado, territorializado, organizado, significado, atribuido, etc.; pero también líneas de desterritorialización según las cuales se escapa sin cesar.” (Deleuze & Guattari, 1994, p. 15). Así pues, no nos referimos solamente a los tránsitos por las organizaciones destinadas a la atención en salud mental, nos estamos refiriendo a los tránsitos institucionales en sentido

² “La consagración de la primavera” (1978) - Una de las últimas novelas de Alejo Carpentier.

amplio. Por tanto, nuestra inquietud es por la producción deseante, digamos la capacidad de construir. **¿Cómo producimos máquinas que tiendan a la construcción de otros modos?**

Este capítulo viene a cumplir la función de pliegue final de este ensayo, pero al mismo tiempo busca la apertura, como las fronteras que en el mismo territorio conjugan el fin y el comienzo de algo nuevo, “Las fronteras no sólo son espacios de cruce y de diálogo sino también imanes de conflictos” (Speranza, 2012, p. 29). Por las reflexiones que se desprenden de los anteriores capítulos, este ensayo se vuelve una invitación a pensar nuestros propios tránsitos y nuestros propios sesgos en nuestras intervenciones y posicionamientos. Debido a esto, queremos hacer funcionar la primera cita que está presente en este trabajo, el escrito sobre el guarda de aduana en la frontera de Bolivia. Le invitamos que vuelva al principio y la lea nuevamente, le advertimos que este trabajo era como un mapa-viaje y los mismos pueden tener desvíos...

(tiempo de lectura)

Ahora sí, con el cuento más fresco, pensemos en aquel guarda de aduana incorruptible que desvió el cometido de su deber, que tan bien cumplía, por el afán de saber qué era eso que le estaban escamoteando constantemente por delante de sus narices, haciendo pasar la frontera. El cuento es bastante claro, el agente de la aduana no consideraba dentro de su percepción que la carretilla pudiera ser un artículo de contrabando, él lo pensaba como una forma que trasladaba contenido de un lado al otro, y que el contenido que él revisaba sí podía ser digno de requisa. Aquí decanta una tensión, una aparente dualidad entre las formas y los contenidos. ¿Pero qué pasa cuando estos se difuminan y no podemos precisar cual se esconde en cual? De este modo, llegamos al punto de que las formas transmiten contenidos y los contenidos transmiten formas. Continuemos desarrollando esta reflexión y produzcamos la siguiente pregunta: **¿cuáles son y cómo funcionan los impensados, los supuestos, las formas, que se encuentran tan cerca, tan a la vista, que se vuelven invisibles, y deslizan como carretillas frente a nuestra posición por nuestras fronteras y aduanas?** Aquí entonces marcamos la necesidad en el involucramiento con el campo de la salud mental, y en el trabajo desde la psicología, de ejercitar una actitud de revisión constante sobre nuestras prácticas que en su ejercicio transportan contenido, supuestos, construcciones, que producen que captemos de cierta forma y parcialmente los problemas con los cuales nos relacionamos.

Es así que nuestras anteojeras regulables, nuestros agentes de aduana, van a estar compuestos por nuestra historia, nuestra formación, nuestra especificidad y nuestra producción deseante. Entonces en esta conjunción se desprende el último pliegue de este trabajo, que es la inquietud por los procesos de nuestra formación en Facultad de Psicología. Para ello tomemos las palabras de Basaglia (1975) respondiendo sobre la pregunta: ¿quién cura al técnico?:

Él técnico que se sitúa frente a la nueva problemática debe ser una persona que ya no responde al adiestramiento recibido hasta entonces. Quiero aclarar de qué manera el técnico puede rehabilitarse a sí mismo para rehabilitar a los demás, y cómo es posible que, en una sociedad fabricada solo para la opresión, pueda surgir un técnico que sea un factor de liberación. (p. 36)

Salvando las distancias sobre el contexto en que trae esta expresión Basaglia, creemos que el espíritu de la misma sigue sumamente vigente. Esta inquietud marca la necesidad de que las personas que se involucran en cierta problemática sean capaces de pensar la situación, generando sospecha sobre sus adiestramientos e instituidos, y analizando cómo estos se expresan al diagramar las posibilidades de los problemas. Y este cuestionamiento es pertinente volcarlo porque atraviesa nuestra formación, es decir, las formas, los contenidos, los instituidos que se siguen produciendo y determinando nuestra composición de Universidad de la República. ¿Nos formamos con la intención de estar preparados para las problemáticas y disputas, que se están llevando a cabo actualmente en relación a las transformaciones del campo de la salud mental? ¿O tendemos a una formación-reproducción en lugar de una “*trans*-formación”? Son usuales nuestras críticas sobre el modelo médico, la psiquiatría. ¿Y nosotros desde la psicología cómo nos relacionamos con el conocimiento y los relacionamientos entre saber y poder? Entonces mediante estas reflexiones realizamos una reapropiación del problema mediante la necesidad de análisis sobre nuestra propia participación desde Facultad de Psicología como actores-productores de la problemática del campo de la salud mental y sus transformaciones institucionales.

Elegimos puntualizar sobre nuestra formación como estudiantes de psicología, ya que por los modos en los cuales se produzcan esos caminos se compondrán determinados itinerarios, perspectivas, adiestramientos, anteojeras, supuestos. Entonces, surge la inquietud

por producir la pregunta acerca de cómo nos estamos formando, y más que nada por la insistencia de *hasta qué punto diferentes líneas, máquinas deseantes y encuentros componen a la formación*. **¿Cómo producimos deseo en nuestra Facultad?** ¿Cómo nos apropiamos del territorio más allá de las estructuras creditizables e instituidas? Aquí explicitamos nuestra insistencia por la construcción de composiciones colectivas que intenten mixturar formas distintas en donde parecía que no funcionaba o no era previsible que pase algo diferente. ¿Qué hace que un salón destinado para estudiar tenga sus sillas fuera y en cambio este poblado de colchones? ¿Qué hace que se produzca una actividad sobre extensión universitaria en el patio de Facultad? Por ejemplo, estas situaciones tuvieron lugar en el mes de octubre de 2022 en Facultad, en el contexto de las medidas intergremiales de ocupación por la lucha presupuestal ante la rendición de cuentas del gobierno nacional. Pero estos movimientos-encuentros surgen, exceden y se desterritorializan de lo que sería únicamente una cuestión económica. Porque lo que se habilita manifestar allí es precisamente la producción de agenciamientos de deseo colectivos, por tanto en el medio de una lucha presupuestal se agencian otros modos de lucha que cuestionan los espacios, los territorios y las condiciones de posibilidad de relacionamientos en una organización. Estas conexiones no se pueden prever hasta que suceden, son la sumatoria de deseos de algo distinto que se encuentran y producen. ¿Qué hace que un grupo desee encontrarse? ¿Qué hace que muchos grupos se junten? ¿Qué sentido tiene cocinar un guiso y ver una película en la cantina de una universidad? Tal vez ninguno, o muchos, puede ser la conjunción de flujos que deseaban que pase otra cosa y se encontraron para experimentar simplemente que es posible. Y si eso se pudo, habilita la imaginación para otros modos. En este sentido, componen a la formación tanto la militancia estudiantil, un toque de música o un baile en el patio, cómo lo hacen un curso o un examen. **Estos agenciamientos de intensidades hacen que al ver plasmadas producciones de deseo colectivas se produzca una apropiación de los espacios institucionales y allí es donde se da la verdadera lucha a disputar en cualquiera de las organizaciones que seamos parte.** Siguiendo a Saidón (1989):

Desconocer las pasiones que se agitan más allá de los contratos en nuestras relaciones institucionales es condenar a una fórmula negativa todas las instituciones y los modos de instituir agenciamientos que se desarrollan en el trabajo de salud, en el trabajo universitario y en el trabajo comunitario. (p. 46)

*Continuidad de los parques*³:

Para finalizar este viaje-trabajo, con lo que el mismo implica, quisiéramos realizar un último movimiento que logre resignificarlo. Lo que compone de forma transversal a este ensayo es un recorrido en la cual se comienza situando una problemática de orden político-estructural, y mediante el desarrollo del trabajo vamos desplegando la construcción de diversas líneas problemáticas. Mediante el goteo de estas, llegamos a un punto de desterritorialización en el cual el problema atraviesa nuestra formación, más precisamente las condiciones de participación y la apropiación del territorio de nuestra Facultad de Psicología. De este modo, vamos desmenuzando un problema en el cual las personas que leen comienzan teniendo un contacto de aparente exterioridad con el problema, pero a través de este mapeo, como si fuera un espiral, la intención es situarnos y pensar nuestras acciones en el medio de estas problemáticas. ¿Por qué hacemos este movimiento? Para comprender que las lógicas manicomiales, el cambio de modelo de atención en salud y la posibilidades de transformación de las instituciones no son exteriores a nosotros. Somos productores de estas lógicas en nuestra cotidianeidad, porque *no somos parte de la institución manicomial, o la institución universidad; somos la institución manicomial y la institución universidad*. Como diría un amigo: “*¡Si, sos vos!*”. *Efectivamente, somos nosotros.*

*“Al final del viaje está el horizonte
al final del viaje partiremos de nuevo
al final del viaje comienza un camino.”*

Al final de este viaje en la vida - Silvio Rodríguez (1978)

³ Referencia al cuento del escritor argentino Julio Cortázar (1964)

Referencias bibliográficas:

- Acevedo, M. (2002). *La implicación. Luces y sombras del concepto lorauniano*. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Facultad de Ciencias Sociales. Equipo de Cátedras del Prof. Ferrarós, 2002
- Amarante, P. (2009). *Superar el manicomio: Salud mental y atención psicosocial*. Buenos Aires: Topia.
- Ardoino, J. (1987). *La intervención: ¿Imaginario del cambio o cambio de lo imaginario?*. En: *La Intervención Institucional*. (pp. 13-42)
- Baremlitt, G. (2002). *Compêndio de análise institucional e outras correntes: teoria e prática*, 5ed., Belo Horizonte, MG: Instituto Felix Guattari (Biblioteca Instituto Félix Guattari; 2)
- Baremlitt, G. (1988). *Saber, poder, quehacer y deseo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Baroni, C. (2019). *Una historia de locos Aportes de Radio Vilardevoz al proceso de desmanicomialización en Uruguay (1997-2017)* [en línea] Tesis de doctorado. Montevideo : Udelar. FHCE.
- Basaglia, F. (1975). *¿Psiquiatría o ideología de la locura?*. En: *Razón, locura y sociedad*. Siglo veintiuno editores. (pp. 35-55)
- Carpentier, A. (1953). *Los pasos perdidos*. Ediciones Altaya.
- Carpentier, A. (1978). *La consagración de la primavera*. Editorial Letras Cubanas.
- Cortázar, J. (1964). *Continuidad de los parques*. Editorial Sudamericana.
- Deleuze, G. (2020). *Abecedario de GILLES DELEUZE: D como Deseo*. (Video). Youtube.
En: SUB-TIL <https://www.youtube.com/watch?v=tLISRFLThYw&t=339s>

- Deleuze, G., & Guattari, F. (1994). *Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia*. Valencia: Pre-Textos

- Deleuze, G. (1980). *Los intelectuales y el poder*. En: M. Foucault, *Microfísica del poder* (pp.77-86). Madrid: Ed. De la Piqueta.

- Deleuze, G. (2008). *Los pliegues o el adentro del pensamiento (subjetivación)*. En: *Foucault*. Buenos Aires: Paidós. (pp. 125-158)

- Deleuze, G. (1972). *Prefacio de Gilles Deleuze. Tres problemas de grupo*. En: Felix Guattari. *Psicoanálisis y Transversalidad*. (pp. 9-21)

- Deleuze, G. (1984). *Sobre la diferencia entre una ética y una moral*. En: Spinoza, *Filosofía práctica*. Tusquets: Barcelona. (pp. 27-40)

- Derrida, J. (2008). *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor.

- Dosse, F (2009). *Gilles Deleuze y Félix Guattari. Biografía cruzada*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- Fernández, A. M. (1989). *La dimensión institucional de los grupos*. En lo grupal 7. Ediciones Búsqueda Buenos Aires.

- Foucault, M. (2006). *Historia de la Locura Tomo I, II , III*: México: Fondo de la Cultura

- Foucault, M. (1984) 1999c. *Polémica, política y problematizaciones*, en: *Estética, ética y hermenéutica. Obras esenciales. Volumen III*. 353-361. Barcelona: Paidós.

- Guattari, F. (1987). *Entrevista*. En: *La Intervención Institucional*. (pp. 95-122)

- Guattari, F. (1972). *Psicoanálisis y Transversalidad*.

- Herrera, L., Percia, M. y Szyniak, D. (1986). *Clínica y política. Un lugar para la ética en salud mental*. En: *Lo grupal 3*. Ediciones Búsqueda Buenos Aires. (pp. 55-77)

- Laino, N. (2018). *De la rehabilitación a la transformación colectiva*. En: Prision to prison. Una historia íntima entre dos modelos arquitectónicos. (pp. 93-95)

- Larrosa, J. (2015). *Ensuciarse la Lengua* [Documental]. En: Experiências e Epifanias Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=EQ_up-BGvdE

- Ley N°19.529 (2017). *Ley de Salud Mental*. Montevideo, Uruguay.

- Lourau, R. (1990). *Implicación y sobreimplicación*.

- Manero, R. (2015). *El analizador y el sentido del análisis. Génesis teórica del concepto. Área 3. Cuadernos de temas grupales e institucionales, 19*, 1-18.

- Manero, R. (2007). *Introducción al análisis institucional. Tramas. Subjetividad y procesos sociales*, (1), 121-157.

- Oury, J. (1972). *Sobre las relaciones enfermeros-médicos*. En: Felix Guattari. *Psicoanálisis y Transversalidad*. (pp. 23-34)

- Passos, E., & de Barros, R. B. (2009). *A cartografia como método de pesquisa-intervenção*. En: *Pistas do método da cartografia: pesquisa-intervenção e produção de subjetividade*. Brasil: Sulina. (pp. 17-31)

- Passos, E., Kastrup, V., Da Escóssia, L. (2009). *Pistas do método da cartografia: pesquisa-intervenção e produção de subjetividade*. Brasil: Sulina.

- Pichon-Rivière, E. (1985). *El proceso grupal*. Ediciones Nueva Visión.

- Pozzana de Barros, L., Kastrup, V. (2009). *Cartografar é acompanhar processos*. En: *Pistas do método da cartografia. Pesquisa-intervenção e produção de subjetividade*. Brasil: Sulina. (pp. 52-75)

- Restrepo, E. (2008). *"Cuestiones de método: Eventualización y problematización en Foucault"*. En Tabula Rasa, No.8: 111-132. Bogotá.

- Rodríguez, S. (1978). *Al final de este viaje en la vida*. (Canción). En Al final de este viaje... Movieplay.

- Rodríguez, S. (1982). *La Maza*. (Canción). En Unicornio. EGREM.

- Rose, N. (1996). *Una historia crítica de la psicología. N. Rose. Inventing our Selves*.

- Saidón, O. (1989). *Hacia una clínica institucional*. En: Lo grupal 7. Ediciones Búsqueda Buenos Aires. (pp. 33-47)

- Saidón, O. (2012). *La clínica de Guattari y los post-guattarianos*. En: G. Berti. Félix Guattari. Los ecos del pensar entre filosofía, arte y clínica. (p. 210-233) Barcelona: HakaBooks.com

- Saidón, O. (1983). *Propuestas para un análisis institucional de los grupos*. En: Lo grupal. Ediciones Búsqueda Buenos Aires.

- Salles, W. (2020). *Diarios de Motocicleta | Película Completa | 2004 | Español Latino*. (Película). En: SinestesiaFunk Youtube. <https://www.youtube.com/watch?v=JzDdKYyz5zY>

- Saramago, J. (1995). *Ensayo sobre la ceguera*. Seix Barral.

- Sivadon, D., Polack, J. (2020). *François Tosquelles: Une politique de la folie (subtítulos en español)* (Documental). Youtube. En: Movimientos Aberrantes <https://www.youtube.com/watch?v=YDPRkpNo14g&t=224s>

- Speranza, G. (2012). *Atlas portátil de América Latina.: Arte y ficciones errantes*. Anagrama.

-WAPR & OMS (1996). *Rehabilitación Psicosocial: Declaración de Consenso WAPR/ WHO*, vol. 8, n° 3. Federación Española de Asociaciones de Rehabilitación Psicosocial.

- Zito Lema, V. (1993). *Conversaciones con Enrique Pichon Rivière sobre el arte y la locura*.